

Román Chalbaud

La voz definitiva

Guadi Calvo

Si vas por una calle, miras a un hombre a los ojos y captas que algo terrible le sucede... y él no está hablando. Eso es cine.
Román Chalbaud



Venezuela entra al siglo XX con treinta y cinco años de atraso, es el lapso en que se extiende la dictadura e influencia de Juan Vicente Gómez, hasta su muerte en diciembre del 1935.

Es un chispazo remoto la noche del 28 de enero de 1897, en la tórrida Maracaibo, cuando por obra y gracia del legendario Don Manuel Trujillo Durán, el cine venezolano obtiene su certificado de nacimiento.

A posteriori de la representación de la ópera La Favorita de Gaetano Donizetti, que se desarrollaba en el Teatro Baralt, Manuel Trujillo Durán, periodista, fotógrafo, empresario y astrónomo, que tiempo antes había comprado en Nueva York a Thomas Alva Edison su cuarto Vitascopio, proyecta varias películas del propio Edison, de los hermanos Lumière y dos films que hoy se le adjudican: *Muchachos bañándose en la laguna de Maracaibo* y *Célebre especialista sacando muelas en el Gran Hotel Europa*.

Durante la larga etapa del Gomezinato, poco y nada se recoge para la historia cinematográfica venezolana, más allá de algunos films de propaganda de la dictadura, perpetrados por un sobrino de "El Benemérito". Será en los Laboratorios Nacionales, donde Efraín Gómez no sólo producirá esas películas, sino que llevará a cabo los primeros intentos de sonorizar el cine con la adquisición de un sofisticado equipo que un técnico norteamericano instalará en Maracay y que, curiosamente, iba a determinar que las primeras palabras del cine venezolano fueran pronunciadas en lengua inglesa.

El tortuoso camino de la cinematografía venezolana encontrará un punto de inflexión en 1959, cuando la legendaria Margot Benacerraf obtiene el premio de la Crítica Internacional en el Festival de Cannes por la monumental *Araya*, ya un clásico del cine mundial, un documental sobre los trabajadores del mar y la sal en la

árida y abandonada península de Araya, próxima a la ciudad de Cumaná, en la antigua Tierra de Gracia. Este film obtuvo el premio ex aequo, nada menos que con *Hiroshima mon amour* de Alain Resnais. Este éxito se anuda con la irrupción de *Cain Adolescente*, el primer film de un joven Chalbaud, quien se convertirá con el tiempo en la voz definitiva de la cinematografía venezolana.

Román Chalbaud, (Mérida, octubre de 1931) será quien inicie la etapa definitiva de un cine abroquelado con ideología y una realización técnico-cinematográfica comprendida con rigurosidad intelectual. Es una de las personalidades de la cultura de la Venezuela contemporánea, que ha consolidado su obra transitando distintas disciplinas: director y guionista de cine y televisión, director teatral, dramaturgo y narrador.

Es el gran fotógrafo de esa Caracas que, como él mismo dice, ha transitado en todas sus evoluciones y, sin dudas, todas las Caracas lo han transitado a él, tanto en su dramaturgia como en su cinematografía.

A los seis años desembarca de un achacoso autobús, en el que navegó por media geografía venezolana, después de tres días y tres noches, periplo que lo llevó de su Mérida natal a su Caracas de mutua adopción. Con su madre, recién separada, toda una trasgresión por aquellos años, y una abuela poderosa y vital, que no cejó en lavar la cabeza del niño hasta que se hiciera inteligente. Corría el año 1938 y Caracas era algo más que una aldea que terminaba en la Plaza Venezuela.

El cine aparece entre sus primeros recuerdos, todavía meridenses, cuando en la sala "Glorias Patrias" se maravilló con *Tiempos Modernos*, *Morena Clara*, o

Frankenstein, film éste que lo obligó a salir horrorizado de la sala, olvidando a una hermana menor a quien el monstruo creado por Mary Shelley en Génova no consiguió espantar.

Un recuerdo también infantil, que quizá haya marcado para siempre la relación que Román tendría con Caracas, es que en la mismísima noche de su llegada, ya hospedados en una pensión cercana al Nuevo Circo, debieron abandonarla a causa de un repentino temblor de la tierra, viéndose obligados él y su familia a pasar esa primera noche caraqueña en una plaza.

Su vida pasó en mucho en ver cine y el peor castigo: prohibirle ir. En aquellos cines de barrio, América, Dorado, Coliseo, Royal, Ritz o Diana, nombres como los de Dolores del Río, Bette Davis, María Félix, Jorge Negrete o Pedro Infante lo irían a marcar para siempre. También estéticas como la del melodrama mexicano, y estilos como el de Emilio "El Indio" Fernández. Abiertamente influenciado por *Los Olvidados* de Luis Buñuel y *Roma Ciudad Abierta* de Roberto Rossellini, Chalbaud entendió siempre el cine como una manera eficiente de discusión y de denuncia

De los carnavales, a los que acudía con ánimo de "voyeur", surgieron personajes que retrataría desde su primera película, *Cain adolescente*, y su paso por las pensiones caraqueñas inspira aquella *Ecce Homo* de *Sagrado y Obsceno* (1961); las procesiones religiosas, los cortejos fúnebres, la vida doméstica de los barrios humildes caraqueños, los cultos casi paganos como el María Lionza, son el material con que construye su obra. En 1953 empezará a trabajar en la televisión y debido a la comodidad de horario podrá conocer la noche y la bohemia. Sus amigos, al igual que lo refleja su cine, pertenecerán a todos los ámbitos. En esas noches es cuando conocerá a Sony León, el trágico boxeador que citaba a grandes autores con absoluta justeza y le regalaría en un apodo el título de una de sus primeras obras de teatro, que luego se convertiría en su primer film: *Cain Adolescente*. Ese ambiente y esas relaciones signarán la totalidad de su obra.

Entre 1947 y 1949 estudia en el Teatro Experimental de Caracas, pero en lo que a cine se refiere, Román Chalbaud, se define como un autodidacta, ya que en la Venezuela de sus años, no había escuelas de cine y su formación la obtiene como espectador, viendo las producciones norteamericanas, mexicanas y argentinas; incluso alguna película francesa.

Sus primeros trabajos, como asistente de dirección fueron a las órdenes de Víctor Urruchúa, con dos películas que el mexicano filmaría en Venezuela, *Seis meses de vida* (1951) y *Luz en el Páramo* (1952).

En 1954 se vincula a la televisión venezolana realizando, por primera vez en ese medio, programas de carácter cultural, lo que no le evitó conocer las cárceles de otro dictador Pérez Jiménez, desde agosto del 57 al 23 de enero de 1958.

Su larga filmografía que abarca dieciocho títulos en casi cuarenta años lo convierte en el más prolífico realizador venezolano y uno de los más importantes de América Latina.

Comenzó por la ya mencionada *Cain Adolescente* (1959) que tardaría cuatro años en terminar, y resultó seleccionada para el Festival Internacional de San Sebastián. *Cain...*, exhibe una deuda innegable con el cine popular mexicano a pesar de su osado, para el momento, plan visual, sin duda un tributo al neorrealismo que estaba dejando su impronta en las cinematografías latinoamericanas. Se puede decir que *Cain...* cabalga entre una Venezuela tradicional y una Venezuela en vías de revolución. Durante los años 60 cine y guerrilla parecen navegar juntos en la realidad del país. Los cineastas adhieren al documental político y miran con simpatía a los movimientos revolucionarios teniendo la experiencia cubana como destino. Es en *Cain...*, donde se preanuncian las obsesiones de Chalbaud, la imbricación a las formas y referencias religiosas, cristianas, la oposición entre el paraíso perdido de la provincia y el infierno de la ciudad. El peso del sincretismo, del folclor, y sobre, todo la elección de locaciones y personajes.

Otros cuatro años volvería a demorarse en su segundo film, *Cuentos para mayores* (1963) que consta de tres capítulos (Navidad, Carnaval y Pascua), con una lectura moral para una Venezuela que se enfrentaba a un camino democrático.

Una década llevará concluir el próximo film, pero mientras tanto, su capacidad creadora no se detuvo, Con Issac Chocrón, José Ignacio Cabrejas y Fausto Verdial fundarían el nuevo teatro venezolano y realizaría sus primeras producciones televisivas.

En 1970 rodará su único corto *Chévere o la victoria de Wellington*, una mirada poética sobre un personaje callejero cargado de moralismo y mezquindades, un film sin palabras, en un tono contemporáneo, desafectado y muy propio de la ciudad donde se desarrolla: Caracas.

En 1974 terminará su tercer largometraje *La Quema de Judas*, que se asocia a uno de los mejores momentos del cine venezolano junto a Cuando quiero llorar no lloro del mexicano Mauricio Walerstein. Para entonces, Román ya gozaba de un importante reconocimiento público como hombre del teatro, del cine y la televisión. En *La Quema de Judas*, vuelve a adaptar una de sus obras de teatro, esta vez con la colaboración de José Ignacio Cabrujas. El film transita por los meandros de la violencia urbana en los años sesenta con tres personajes que caracterizan a las capas populares: el policía, el guerrillero

y el delincuente. Se asocia con el productor y a la vez actor, Miguel Angel Landa, con quien funda junto a César Bolívar, Gente de Cine, la productora de la mayoría de sus films.

Vuelve en 1976 a transportar otra de sus obras de teatro al cine *Sagrado y Obsceno*, con Cabrujas de guionista y Landa en el papel principal, fórmula que repetirá casi siempre. La violencia nuevamente protagonista, esta vez condensada en dos hombres que se enfrentaron en los tiempos de la guerrilla. Al año siguiente estrena, quizá su obra más importante, *El pez que fuma*, una Venezuela simbólica, un burdel de La Guaira y dos prostitutas que se disputan su reinado. Un Chalbaud en su punto más alto, ya eximio maestro en el manejo del tempo cinematográfico, en este film Hilda Vera, su actriz fetiche, como La Garza, la regente del burdel. El pez que fuma, no solo fue la película más taquillera del año sino que se convierte en un hito, considerada dentro de las 20 mejores títulos latinoamericanos de todos los tiempos.

Con la adaptación de Carmen de Prospero Mérimée, Chalbaud estrena en 1978 *Carmen*, la que contaba 16 años, donde la sensualidad es nuevamente centro del drama. En este mismo año será nombrado presidente de la Asociación Nacional de Autores Cinematográficos (ANAC).

Le sigue *Bodas de papel* (1979) es una comedia romántica sobre la clase media, más un encargo comercial, que una expresión genuina de su maestría. El rebaño de los ángeles, de la misma época, donde vuelve al drama social, la crisis de identidad de una sociedad que ya se debatía en el fracaso de un sistema político.

El año 1980 lo encontrara estudiando dirección con Lee Strasberg, en el Actor's Studio de Nueva York.

Con *Cangrejo* (1982) y *Cangrejo II* (1984), comienza una nueva vertiente de su cinematografía, el policial latinoamericano; diferenciándose de las series negras tanto francesa como norteamericana.

Este film se basó en el libro *Cuatro crímenes, cuatro poderes* de Fermín Mármol León, un ex miembro de la policía técnica. "Cangrejo" se llama en la jerga judicial venezolana a los casos que a pesar de ser resueltos, van para atrás sin llegar a la condena.

Dos de los cuatro relatos de Mármol León dos fueron abordados por Chalbaud. En el primero se ocupa del secuestro y muerte de un niño, hijo de una familia de clase alta, a manos de una banda amateur de jóvenes del mismo estrato social y que gracias a la influencia y poder de sus familias evitan la condena y el escándalo. En el segundo film de la serie, se aborda un tema altamente conflictivo: el poder de la iglesia para conseguir evitar la condena de un religioso, implicado en una relación amorosa con su propia hermana y a la que termina asesinando.

En el año 1983 realiza *La gata borracha*, una relectura de *El pez que fuma*. Nuevamente el prostíbulo y el ambiente sórdido, con guión del consagrado escritor Salvador Garmendia.

En 1984 en el marco del Festival de San Sebastián se realizó un homenaje especial a su obra.

Va a dirigir *Ratón de ferretería* en 1985, que resulta una obra menor, basada en otra pieza suya y que nada suma a su carrera. Pero el gran maestro retorna con toda su fuerza al año siguiente con *Manón*, inspirada en la obra del abate Prevost, con la actriz Mayra Alejandra en el rol protagónico.

Finaliza la década de los ochenta con una de sus grandes realizaciones *La oveja negra* (1987) con guión de David Suárez. Otra vez el mundo del delito, sofocante hermético y violento. Una familia de delincuentes autodenominada "La pandilla de Dios", toda una galería de pequeños ladronzuelos, tahúres y carteristas, manejados por una mujer con algo de madre y algo de reina; juez y verdugo de sus súbditos.

Realiza *Cuchillos de fuego* (1990) reescrita sobre su propia obra teatral *Todo bicho de uña*, nuevamente junto a David Suárez. El relato se basa en una historia verídica, una pesadilla que desembocará en tragedia y pesadumbre; en la remota Goajira, una reina mítica y un bandido, vagan por los pueblos andinos hasta dar con un cirquero que lanza cuchillos de fuego. La vida se parece de pronto al circo y allí se queda el protagonista.

De su obra de teatro *Vesícula de nácar*, en 1997, nuevamente junto a Suárez, realiza *Pandemónium*, la capital del infierno que fue galardonada en Biarritz, Huelva, La Habana y seleccionada para San Sebastián. Quizá sea la obra del desencanto absoluto de Román Chalbaud sobre la clase política venezolana. Una alegoría feroz, a través de personajes netamente "chalbaudianos", es decir, seres marginales donde la miseria moral, social y económica no logra cerrar los caminos.

A la espera de volver a filmar, proyectos no faltan en un creador de su categoría. Ha publicado un volumen de relatos breves: Encuentros inesperados; actualmente se encuentra trabajando sobre dos guiones cinematográficos: El aplauso va por dentro inspirada en el monólogo teatral de Mónica Montañez y Maisanta, basado en la novela de José León Tapia, donde se narra la historia de un mítico guerrillero venezolano de principios del siglo XX.

Sin duda Román Chalbaud es la voz definitiva y el gran maestro de la cinematografía venezolana, que como ninguno retrató el difícil entretejido social de su país, eligiendo con su cine y su teatro, el lado de los desafortunados y marcando, sin duda, a toda una generación de cineastas.

El nombre de Román Chalbaud se inscribe por peso propio en la cinematografía latinoamericana junto al de realizadores como Jorge Sanjines o Glauber Rocha. ■